Vidas de otro tiempo

Esther Feliu Suárez

Vidas de otro tiempo

Esther Feliu Suárez

Avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2024
©Esther Feliu Suárez, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN; 979-13-87532-38-3
IBIC: FRD
DEPOSITO LEGAL:M-27656-2024

A mi padre,
Con quien compartí el mismo sueño.

A mi familia y amigos que me leían y me leen.

Un agradecimiento especial a la editorial AVANT,
por su interés en mi obra y su publicación.

1.

EL ENCUENTRO

La señora Rose Hamilton tomaba el té todos los días a la misma hora, cinco en punto de la tarde. Tomar el té para ella no solo era apreciar esta bebida caliente, sino todo un ritual ceremonioso en torno a ello. No solo consistía en elegir qué tipo de té bebería ese día, sino también la vajilla que acompañaría este momento. Tenía siete tipos, una para cada día de la semana.

La señora Rose, una vez instalada cómodamente en su sala de té, una pequeña habitación en la planta baja, muy cerca de la gran escalera de madera que conducía al resto de las habitaciones en la planta superior, se serviría ella misma el té, ya que en este ritual no dejaba que ningún miembro del servicio doméstico se le acercase para hacer este trabajo.

Como dije antes, para ella era una ceremonia mística y relajante donde podía ser solo ella la protagonista, ya que ese breve tiempo podía evadirse entre sorbo

y sorbo en sus recuerdos: dulces y reposados unas veces, y otras, tristes y agitados.

Su fiel can Petrus le acompañaba a sus pies, bajo las faldas aterciopeladas de la mesa de té, donde él encontraba refugio y descanso junto a su dueña.

Aquella tarde de marzo era especialmente fría y sombría. El clima, desde hacía unos días, seguía siendo adverso. La humedad se hacía sentir en los gruesos muros de esta casa de tres plantas. En ese instante, la señora Rose echó en falta el chal de punto beige que siempre le acompañaba en días como este y que ordenó a Ofelia (su doncella) que se lo trajese de inmediato.

En medio de toda esta tranquilidad, sin más preocupación que beber su té negro, acariciar a su perro Petrus y ladear la cabeza con signo de entusiasmo si leía en el periódico alguna buena noticia del partido político de su marido. Paul, el esposo de la señora Rose, era un boticario importante en la ciudad y consejero del partido demócrata de la comarca.

La señora Rose se disponía a beber un sorbo más de té cuando, de repente y sin previo aviso, sonó el timbre de la entrada. Eran las cinco y treinta de la tarde cuando su tranquilidad se vio alterada por este hecho. En un intervalo de apenas un minuto, el timbre volvió de nuevo a sonar, como si alguien al otro lado de la puerta pareciese impaciente en ser atendido. Aquel incidente enervó totalmente a la señora Rose, por lo que, apresurada, se levantó de la silla dejando el té medio

volcado sobre el platillo y a Petrus con el rabo entre las piernas por tanta agitación.

Sin más premura, ella misma, sin esperar al servicio, decidida, abrió la puerta. Sin detenerse mucho en la persona que tenía enfrente o percatarse si era hombre o mujer, dijo:

—¿Buenas tardes? Perdone, pero ¿quién es usted? —dijo visiblemente nerviosa.

La mujer que tenía delante era joven, o al menos no de mediana edad como la señora Rose; esta debía tener unos veinticinco años, no muy alta, algo delgada, de cuello esbelto y fino. Su rostro era apacible y bello, su piel blanca pero algo sonrosada a la altura de las mejillas, como si los rayos del sol hubiesen maquillado naturalmente sus pómulos. Sus ojos eran azules y su cabello largo y castaño, recogido finamente en dos trenzas que rodeaban su cabeza. Su sonrisa era abierta y sincera. Llevaba un sombrero demasiado claro para el tiempo que hacía y un abrigo ceñido a su cintura, algo pasado de moda. En su mano derecha llevaba un maletín de cuero no muy grande con cerraduras de latón. Dentro de este no debía llevar gran cosa, ya que no parecía demasiado pesado al sostenerlo. En su mano izquierda llevaba un sobre marrón y, a modo de cierre, un gran sello rojo.

La joven, sin alterarse lo más mínimo, dejando la maleta en la entrada, se acercó a la señora Rose y dijo:

—Mi nombre es Lena. Y usted debe ser... —titubeó un poco antes de atreverse a decir— mi hermana mayor Rose.

—¿Cómo dice usted? —respondió la señora Rose, en un estado entre la estupefacción y el shock inminente—. ¿Cómo se atreve a decir eso? ¡Yo no tengo ninguna hermana!

—Todo está aquí escrito —dijo la joven, mientras le entregaba a la señora Rose el sobre.

La señora Rose, a quien la mirada de los transeúntes comenzaba ya a incomodarla por el tiempo que llevaban hablando en la entrada, sin doncella y hablando con alguien desconocido, no tuvo más remedio que invitar a la joven a entrar en la casa y hablar en un lugar más discreto.

Una vez dentro, se apresuró a hacer entrar a la joven al gran salón. Mientras uno de los mayordomos se acercaba a prestar servicio, la señora Rose hizo aspavientos con las manos, indicándole que no necesitaban nada y que las dejasen a solas en la estancia.

Una vez en el salón, la joven Lena y la señora Rose se sentaron con algo de distancia en un canapé verde enfrente de la chimenea encendida. En este punto, la señora Rose se había transformado súbitamente, pasando de la exaltación, la estupefacción y una crisis casi inevitable, a un estado de calma interior. Seguía el desconcierto, pero quería aparentar otra cosa ante la joven. No sabía si a lo que se enfrentaba esa tarde era fruto de los delirios de una loca que pasaba por allí y

decidió llamar a su puerta, o todo lo contrario. Por lo tanto, se decía a sí misma que debía imponerse cierta cautela ante un suceso tan extraño.

—Y bien, discúlpeme... pero he olvidado su nombre —dijo la señora Rose.

—Lena, señora Rose, Lena Hamilton.

—Y bien, Lena Hamilton... ¡lleva usted el mismo apellido que yo! —dijo la señora Rose mientras esbozaba una sonrisa un poco burlona.

—Bueno, es por eso que estoy aquí. Usted y yo somos hermanas.

—Me temo, señorita Lena, que eso no es tan fácil —respondió Rose.

—En mi humilde opinión —respondió la joven—, sí es fácil. A veces estas cosas ocurren, también en las mejores familias.

—¡Bueno, señorita Lena, no nos precipitemos! —respondió incrédula la señora Rose—. ¿Ese sobre que lleva consigo, puedo verlo?

—Por supuesto, aquí está toda la verdad —dijo mostrándose ilusionada al decir esto.

—Déjeme ver entonces... —respondió la señora Rose.

Abrió el sobre. Este contenía tres documentos: al parecer, la fecha de nacimiento, un breve testamento y una carta escrita de puño y letra por el difunto padre de Rose, el señor Eduard Hamilton, terrateniente y general del ejército.

Después de haber leído todo el contenido de la carta y con un ligero temblor en las manos, la señora Rose dobló delicadamente los documentos y se los entregó nuevamente a la joven Lena.

El rostro de la señora Rose permaneció inmóvil y pálido frente a las llamas de la chimenea. Su mirada, algo hipnotizada por todo aquello, se perdía entre los ocres de la estancia. Parecía estar en otro mundo. Todo lo material que había en esa sala parecía irreal. El ambiente era denso y asfixiante. Ya no hacía frío, no sentía nada. Solo quería salir de allí y ponerse bajo la lluvia, correr, gritar, llorar... reír a carcajadas. Pero nada de eso hizo; simplemente se hundió más y más en el canapé y dijo:

—Está bien. Si es así, y tú eres mi hermana, debo aceptarlo. Pero no me pidas afecto. No he sabido de tu existencia todos estos años y, de repente, un día llamas a mi puerta para reclamar el lugar que no te dio mi padre antes. Si ese fue el deseo de nuestro padre al final de sus días, así seguirá, y su alma quedará en paz.

La joven Lena acercó su mano a la de Rose, pero esta la alejó sutilmente.

—Entiendo su malestar, señora Rose, si me es permitido ya llamarla hermana o Rose simplemente —dijo Lena—. Yo me sentí de igual forma el mes pasado cuando recibí esta carta de la mano del notario de nuestro padre. No sabía qué hacer ni decir... todo era confuso. Aún me sentía perdida por la muerte de mi madre el pasado año a causa de unas fiebres. De

su boca no salió nunca el nombre de nuestro padre. ¡Quizá por vergüenza ella mantuvo un idilio con nuestro padre cuando tú eras aún pequeña, hermana Rose! Mi madre era viuda de un capitán del ejército; no tuvieron hijos. Tu padre era el terrateniente de la tierra donde ella vivía; mi madre se fijó en él y viceversa. Una cosa llevó a la otra, y de ese romance nací yo, Lena Hamilton. Tu padre (nuestro padre) aún seguía casado con tu madre Isabelle, y una noticia como esta sería un escándalo. Así que nuestro padre me mantuvo oculta a los ojos de los otros. Me dio todo cuanto pudo y a mi madre también. ¡De vez en cuando iba a vuestra casa, donde nuestro padre me enseñaba a leer y escribir! Yo leía sus apuntes; tenía una letra tan bonita. Tú apenas me recuerdas, o si te queda algún recuerdo de mí, como la hija de la viuda del capitán que venía a visitaros a casa y a tomar chocolate caliente. Nuestro padre nunca me dijo cuando era pequeña que era mi padre; de esa forma me protegía y se protegía. Quizá fuese algo egoísta, puede ser. Pero él sabía el momento propicio para decirlo, y ha sido justo antes de morir. Puede parecernos innoble su acto: esconderme, mentir a su esposa y a ti misma, pero al final ha sido justo.

La señora Rose, que la había estado escuchando sin inmutarse, sin emoción alguna, en un arrebato de melancolía y añoranza por su padre, se abrazó a su hermana Lena y ambas lloraron.

Los días sucedieron, los meses. Todo parecía estar en calma en la casa. Las dos hermanas, cada día, disfrutaban más del tiempo perdido; realizaban compras juntas, viajaban por la comarca, e incluso, por consejo de Lena, la decoración de la casa fue cambiando poco a poco: los muebles, las cortinas, las alfombras, jarrones de flores por todas las estancias. Hasta el servicio llevaba uniforme nuevo. Desde la entrada de Lena en la familia Hamilton, todo era fresco y renovado. La señora Rose y su marido disfrutaban de veladas enteras junto a la joven Lena: la risa, los bailes, la música, las lecturas de Byron hasta bien entrada la noche. La casa entera parecía estar iluminada por la presencia de aquella joven.

Una mañana del mes de agosto, la familia Hamilton se disponía a desayunar (esta vez en el jardín, por la temperatura tan agradable que hacía) cuando Lena apareció ante ellos algo desaliñada y con un rostro algo mortecino. Unas grandes ojeras delataban que no había pasado una buena noche. Algo impresionados ambos por su estado, la invitaron a sentarse y le preguntaron si estaba sufriendo por algo que ellos desconocían.

—Nada que deba preocuparos —dijo con aire cansado.

—¿Cómo que no, querida? Eres mi hermana. Si estás enferma, debemos saberlo para cuidar de ti —dijo Rose mientras la abrazaba.

—¡Por supuesto! —afirmó igualmente el marido de Rose—. Dinos qué necesitas.—Llevo cerca de dos

semanas que no duermo nada bien. Al principio creí que podía ser la cama, el almohadón, las emociones... no sé. Cualquier cosa que una simple tisana pudiera remediar. Pero no, sigo igual. Esto me hace recordar unas fiebres que sufrí de adolescente y que nuestro padre remedió dándome unas gotas que me hicieron recobrar el sueño reparador y el ánimo.

—Sé de qué gotas se trata, querida —dijo el marido de Rose—. Yo puedo dártelas de mi farmacia hoy mismo antes de acostarte, pero cuidado con la dosis. No más de cinco gotas; dosis superiores pueden ser fatales.

—¿Cómo es eso? —dijo la joven Lena mientras acariciaba la mano de Rose.—Su base es un arsénico, mezclado con otras sustancias relajantes. Solo se debe recetar en casos severos. ¡Pero al parecer el tuyo lo es! ¡Tu rostro no es el mismo; la luz de tu mirada ha desaparecido! Debes dormir. Hoy mismo tendrás tus gotas.

A la mañana siguiente, Lena apareció deslumbrante, totalmente cambiada. Sus mejillas volvieron a ser rosadas, su mirada clara y alegre. Rose estaba feliz por saber que su hermana estaba en plena forma y su marido había contribuido a ello.

Fueron semanas de felicidad, de veladas de champán, noches de teatro, conversaciones entre hermanas, confidencias, abrazos y afecto. Algo que en un principio Rose negaría dárselo, pero que finalmente sucumbió ante los encantos de su hermana pequeña Lena.

Era un doce de noviembre, fecha especialmente marcada por el matrimonio Hamilton. Eran sus bodas de plata. Para la ocasión, siempre que había una fecha señalada, el matrimonio solía invitar a sus amigos más íntimos, gente del partido demócrata, así como las amigas de infancia de la señora Rose. En esta ocasión no fue así, y como la noche anterior Lena no había dormido bien de nuevo (tuvo que tomar otra vez las gotas prescritas por el marido de Rose), decidieron de mutuo acuerdo celebrar esta fecha tan señalada en estricta intimidad. Los tres juntos cenarían, brindarían y charlarían a la luz de unas velas.

Lena descendió las escaleras y acudió al salón donde el matrimonio la esperaba con impaciencia. Todos estaban radiantes y vestían elegantemente. Rose portaba un collar magnífico heredado de su abuela con una gran esmeralda en el centro. Vestía un traje color champán con un echarpe de tul magnífico. Su marido llevaba un elegante traje negro con unos gemelos en oro con forma de tulipán. Lena, más discreta, resplandecía bajo un vestido en pedrería y finos encajes traído de Dublín.

El servicio entraba y salía de la estancia aportando las delicias más suculentas y un fino champán francés para acabar la velada. Todo era felicidad en esa noche mágica donde los tres miembros de la familia reforzaban sus vínculos y desprendían amor.

La mañana siguiente, todo era calma en el interior de la casa. Los empleados domésticos comenzaban a

realizar sus tareas, empezando por la planta baja, el jardín y los preparativos para el almuerzo del día. Sabían que la familia había estado hasta muy pasadas las dos de la madrugada hablando, bebiendo e incluso el mayordomo pudo escuchar desde su alcoba algo de música.

No querían importunarles dejando el desayuno sobre la mesa a una hora tan temprana como de costumbre, siete de la mañana. Por lo que decidieron que, si alguna de las campanillas de las habitaciones no sonaba aún, les dejarían descansar tranquilamente.

Pasadas las diez de la mañana, el ama de llaves comenzó a preguntarse por qué el matrimonio aún no había hecho sonar la campanilla para el desayuno y, de la misma forma, con la joven Lena. El mayordomo comenzó a inquietarse y ordenó subir a la doncella Ofelia a la habitación principal donde el matrimonio dormía. Ofelia llamó dando primero un golpe de nudillos no muy fuerte y esperó... pero no se abrió la puerta. Le siguió con otros dos golpes más y esta vez llamándoles por sus nombres:

—¿Señores Hamilton? Es pasado el mediodía ¿Están despiertos?

A través de la puerta no se escuchaba ningún sonido, todo parecía vacío en aquella habitación.

Ofelia demostró un gran coraje abriendo esa puerta. Sin esperar mucho más, entró.

Lo que vio fue una imagen dantesca, triste y conmovedora. La señora Rose yacía inclinada sobre el sillón enfrente de la cómoda donde se retiraba el maquillaje y

se peinaba... no llegó a hacerlo. En su mano izquierda sostenía, agarrotada y sin vida el cepillo de plata con el que solía peinarse. El recogido de su pelo estaba a medio caer sobre sus hombros semidesnudos; sus zapatos aún sin quitar y su cuello desnudo, sin el collar con la esmeralda heredada.

Su marido, inerte sobre la cama, aún vestido, pero sin zapatos, tenía los puños de la camisa abiertos porque los gemelos que los cerraban ya no estaban.

Y poco después... la habitación de la joven Lena vacía. Solo quedaban los muebles y la cama. Los armarios estaban vacíos; vestidos, zapatos, pieles y joyas, todo se había esfumado. Solo había una pequeña botellita donde se podía leer: *«Gotas para dormir. ¡Cuidado con la dosis! Puede ser fatal»*. Dentro no había contenido.

Los féretros del matrimonio se enterraron en el panteón familiar junto a su padre, el terrateniente Eduard Hamilton.

La casa oscureció y todo en ella fue vendido. Las cortinas de antaño, de colores vivos, se sustituyeron por cortinas oscuras, donde la luz no volvió a filtrarse y donde los transeúntes no podían curiosear lo que allí había acontecido.

Durante los días después de la muerte del matrimonio, el fiel mayordomo se quedó en la casa ultimando unos detalles antes de partir a otra nueva mansión donde había sido requerido para continuar trabajando. Una tarde, mientras retiraba una jardinera de la entrada, se le acercó una señora modestamente vestida, con